

1

LA SOBERANÍA DE DIOS SOBRE EL PECADO HUMANO

Los impulsos que dieron luz a este libro

*Y no escuchó el rey al pueblo; porque la causa era de Dios.
2 de Crónicas 10:15*

*"Y ahora, he aquí Jehová ha puesto espíritu de mentira en la boca de estos
tus profetas; pues Jehová ha hablado el mal contra ti".
2 Crónicas 18:22*

*Mas Amasías no quiso oír; porque era la voluntad de Dios, que los quería entre-
gar en manos de sus enemigos, por cuanto habían buscado los dioses de Edom.
2 Crónicas 25:20*

El primer impulso para escribir este libro vino cuando estábamos de vacaciones en el año 2007. Yo estaba sentado en el porche de una casa en Asheville, Carolina del Norte. Estábamos a mitad del verano, lo cual significa que yo estaba leyendo 2 de Crónicas. Mi plan de lectura bíblica anual¹ me había llevado al mismo lugar de la Biblia lo cual ocurre cada verano. Leer la Biblia usando el mismo plan todos los años me permite hacer algunas asociaciones interesantes entre pueblos que visito y textos bíblicos. La asociación con Asheville ese año fue la soberanía de Dios sobre la maldad demoniaca y el pecado humano.

LO QUE VI EN ASHEVILLE

Permítame ayudarlo a que le dé un vistazo a lo que yo vi y a lo que me refiero cuando digo la soberanía de Dios sobre el pecado. Estaba sentado a la entrada de la casa y observaba las montañas de Blue Ridge —Borde Azul—, las cuales realmente son azules a ciertas horas del día, y estaba leyendo cosas como la siguiente:

La causa era de Dios

En primer lugar, Salomón, rey de Israel, había muerto. Su hijo Roboam estaba a punto de ser coronado como rey. Jeroboam, quien se había opuesto a Salomón y había sido enviado en exilio a Egipto, retornó rápidamente y reunió al pueblo en derredor suyo como lo hace un líder popular. Llevó al pueblo hasta donde se encontraba Roboam y se ofreció a servirlo si les aliviaba la carga. “Tu padre agravó nuestro yugo; ahora alivia algo de la dura servidumbre, y del pesado yugo con que tu padre nos apremió, y te serviremos”. (2 de Crónicas 10:4).

Roboam buscó el consejo de los ancianos, quienes lo aconsejaron sabiamente: “Si te condujeres humanamente con este pueblo, y les agradares, y les hablares buenas palabras, ellos te servirán siempre”. (2 de Crónicas 10:7).

Pero Roboam abandonó el consejo de los ancianos y buscó el consejo de “los jóvenes que se habían criado con él”. Ellos le dieron un consejo necio: “Así dirás al pueblo... ‘Mi dedo más pequeño es más grueso que los lomos de mi padre. Así que, si mi padre os cargó de grave yugo, yo añadiré a vuestro yugo: mi padre os castigó con azotes, y yo con escorpiones’”. (2 Crónicas 10:10-11).

Roboam aceptó el necio consejo de los jóvenes y el resultado fue la trágica división de Israel en dos reinos que luchaban entre sí: diez tribus al norte y dos tribus al sur. ¿Por qué reaccionó Roboam de esta forma necia y pecaminosa? Hay varios niveles de respuestas, pero el escritor de 2 de Crónicas nos dice cuál es la respuesta última: “Y no escuchó el rey al pueblo; *porque la causa era de Dios*”. (2 Crónicas 10:15).

A eso es a lo que me refiero cuando hablo de la soberanía de Dios sobre el pecado.

Dios puso un espíritu de mentira en las bocas de los profetas

En segundo lugar, unos cuantos capítulos más adelante, **Acab**, rey de las tribus de Israel en el norte, hizo una alianza con Josafat, el rey de las tribus del sur. Irían a la guerra en contra de Siria. Antes de ir, buscaron el consejo de los profetas; cuatrocientos profetas les aconsejaron enfrentarse a Siria. Dios la entregaría en sus manos, según ellos (2 Crónicas 18:11).

Pero esos profetas estaban engañados. El profeta verdadero, Micaías, le describió a los reyes lo que estaba sucediendo. Abrió una ventana hacia el cielo. Les explicó que entre las huestes que se habían reunido delante de Dios había un “espíritu de mentira” que se ofreció a engañar a los profetas. “Saldré y seré espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas”. (2 Crónicas 18:21). Entonces Dios le dice: “Tú le inducirás, y lo lograrás; anda y hazlo así”. Entonces el profeta verdadero, Micaías, le dijo a Acab: “Ahora, he aquí Jehová ha puesto espíritu de mentira en la boca de estos tus profetas; pues Jehová ha hablado el mal contra ti”.

PECADOS ESPECTACULARES

(2 Crónicas 18:22). ¿Por qué los profetas le dieron un consejo falso y destructivo al rey Acab? También hay varios niveles de respuestas, pero el escritor de 2 de Crónicas nos revela cuál es el último: “Jehová ha puesto espíritu de mentira en la boca de estos tus profetas”.

Fue Dios

En tercer lugar, quiero darle una ilustración más de lo que yo estaba leyendo en Asheville. Siete capítulos más adelante en 2 de Crónicas, Amasías, el rey de Judá, se obnubiló con una reciente victoria sobre la nación de Edom. En su orgullo, decidió ejercer su autoridad sobre el reino del norte que era dirigido por Joás.

Joás resistió y señaló el orgullo de Amasías: “Tú dices: ‘He aquí he derrotado a Edom’; y tu corazón se enaltece para gloriarte”. Entonces él le dio un consejo sabio: “Quédate ahora en tu casa. ¿Para qué te provocas un mal en que puedas caer tú y Judá contigo?”. (2 Crónicas 25:19).

Pero Amasías no abandonó su orgullo ni su agresión. ¿Por qué? Una vez más la respuesta tiene muchas variantes; pero el escritor de 2 de Crónicas nos revela cuál es la última: “Mas Amasías no quiso oír; *porque era la voluntad de Dios*, que los quería entregar en manos de sus enemigos, por cuanto habían buscado los dioses de Edom”. (2 Crónicas 25:20).

A eso es a lo que me refero cuando hablo de la soberanía de Dios sobre el pecado.²

LOS IMPULSOS QUE DIERON LUZ A ESTE LIBRO

¿Por qué quiere Dios que conozcamos Su soberanía sobre el pecado?

¿Por qué piensa Dios que es bueno que nosotros sepamos esto? ¿Por qué nos dice Dios de forma repetitiva en la Biblia que Él gobierna los actos pecaminosos de los hombres de una manera que nos resulta insondable? Sabemos que Dios mismo jamás peca ni hace nada malo o impuro. Si hay algo en lo que la Biblia es clara es en que Dios es santo y no peca. “Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir”. (Apocalipsis 4:8; lea Isaías 6:3). “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él”, 1 Juan 1:5. “Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie”. (Santiago 1:13). “El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?”. (Génesis 18:25). Sí. Eso no es algo que esté en duda. Dios es justo, santo y sin pecado por toda la eternidad.

¿Entonces por qué razón nos habla Dios de Su soberanía sobre el pecado? Eso es algo que inquieta a las personas. ¿Por qué quiere que sepamos esto? Debe haber una buena razón, y yo quiero saber cuál es. Ese es el primer impulso que dio luz a este libro.

¿Por qué Dios no refrena el pecado más a menudo?
El segundo impulso que hizo nacer este libro es la abrumadora maldad del mundo. Escoja cualquier mes del año y observe que los periódicos de un extremo al otro del planeta están llenos de calamidades que desgarran el corazón; si tuviéramos la forma de enterarnos, veríamos que nuestras iglesias también están llenas de tragedias. Las adversidades golpean el mundo de los incrédulos y de los hijos de Dios, todos los días, produciendo un dolor que nubla la mente. Algunas de estas tragedias vienen directamente de desastres naturales y

los muertos que vivan (Juan 11:43-44), que hace caminar a los cojos, ver a los ciegos y oír a los sordos (Mateo 11:5), que alimenta cinco mil personas con unos cuantos pedazos de pan (Marcos 6:41-42), que creó el universo y todo lo que hay en él (Juan 1:3), que sustenta el universo con el poder de Su Palabra (Hebreos 1:3) y que dice: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18)?

Ciertamente este Jesús puede detener un tsunami y hacer que el viento aleje un avión de su curso mortal hacia una torre llena de personas, o aflojar el nudo de un cordón umbilical que está atascado alrededor del cuello de un bebé, cegar los ojos de los torturadores, y detener una sequía. Con toda seguridad Él puede hacer eso y mil actos más para refrenar y salvar personas. Lo ha hecho en el pasado y lo puede hacer ahora. Entonces ¿por qué razón no lo hace más a menudo? Ese es el segundo impulso que hizo nacer este libro.

¿Cómo podemos tener fe y gozo durante la severidad de los últimos días?

En tercer lugar, la Biblia misma nos enseña que en los últimos días las cosas serán difíciles y severas. Habrá mucho sufrimiento y los seguidores de Jesús no estaremos excluidos. En 2 de Timoteo 3:1 Pablo dice: “en los postreros días vendrán *tiempos peligrosos*”. Esa aseveración tiene la intención de ser una advertencia para que los cristianos sepamos que habrá muchos, muchos problemas.

El apóstol llega a explicar que la fuente de este peligro será el pecado generalizado y nos advierte diciendo:

otras provienen directamente de los actos pecaminosos del hombre contra Dios.

Justo cuando uno piensa que el crimen y la violencia están descendiendo en un estado, se entera de alguna otra ciudad en la que la tasa de homicidios ha subido el 50% en los últimos siete años. Cuando uno escucha que el uso de las drogas está disminuyendo entre los adolescentes, se entera de homicidios perpetrados como ejecuciones, en el mismo grupo de jóvenes. Las noticias nos cuentan que en algún lugar hay mineros atrapados en lo profundo de la tierra y miembros de sus familias reunidos en una iglesia enfrentando la angustia con esperanza. Un puente interestatal colapsa y un esposo que se acaba de casar no llega a casa para la cena, nunca más. Hay aviones que se estrellan y los cuerpos caen desde el cielo; trenes que explotan en bolas de fuego que queman a las personas. Los países más estables repentinamente estallan en actos de violencia étnica y los titulares utilizan el término *genocidio*. Un padre lanza a sus hijos desde un puente para afectar a su esposa. Hay niñas que son secuestradas y obligadas a convertirse en esclavas sexuales. Minorías religiosas y étnicas son obligadas a morir de hambre de forma sistemática. Tsunamis arrasan con poblaciones e iglesias enteras. Terremotos entierran treinta mil personas en una noche. De repente veinte millones de personas son desplazadas en Asia del sur por causa de inundaciones; y cuarenta y seis millones de bebés que no nacen son asesinados todos los años alrededor del mundo.

¿Esto le incumbe a Jesucristo, el resucitado Rey del universo que detiene los vientos amenazadores y las olas con una sola palabra (Lucas 8:24-25), que le ordena a

PECADOS ESPECTACULARES

“Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella”. (2 Timoteo 3:2-5).

Junto a la pecaminosidad humana, los últimos días estarán permeados por calamidades naturales. Será como si la tierra estuviera experimentando las contracciones características del parto. “Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares. Y todo esto será principio de dolores”. (Mateo 24:7-8).

Habrà hostilidades arrasadoras contra los cristianos. “Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre”. (Mateo 24:9). “Por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará”. (Mateo 24:12).

Las tragedias, las calamidades, el sufrimiento horroroso y las atrocidades pecaminosas no deben tomar a los cristianos por sorpresa. “Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese”. (1 Pedro 4:12). Todas han sido predichas por Dios y Él las predijo para que nosotros supiéramos. Dios las ve venir y no tiene la intención de detenerlas. Por tanto, parece que de alguna forma ellas encajan en Sus propósitos.

De hecho, Él habla del asesinato de Sus santos en Apocalipsis 6:10-11. Aquellos que ya han sido asesinados

claman en el cielo: “¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?” Juan describe la respuesta que ellos recibieron: “Se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, *hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos*”.

Aún falta un cierto número de mártires por morir. Dios sabe cuántos de Sus hijos deben ser asesinados; y Dios gobierna sobre cada uno de esos actos. Él no impide la muerte física de Sus hijos, pero sí los salva por toda la eternidad: “Matarán a algunos de vosotros... Pero ni un **c**abello de vuestra cabeza perecerá”. (Lucas 21:16, 18).

Como pastor, no creo que mi trabajo sea entretenerlo a usted durante los últimos días. Mi llamado no es ayudarlo a que usted se sienta más contento mientras que el resto de la creación gime. Mi trabajo es poner en el fondo de su bote el tipo apropiado de lastre para que cuando las olas golpeen contra su vida, su bote no se vuelque y usted pueda llegar seguro al puerto del cielo, herido y golpeado, pero lleno de fe y gozo. Ese es el tercer impulso que le dio luz a este libro.

¿Cómo es Cristo glorificado en un mundo de pecado?

El cuarto impulso detrás de este libro es el objetivo primordial de mi vida y ministerio. Hace poco escuché el sermón de hace tres décadas con el que me presenté como candidato al pastorado de la iglesia en la cual sirvo todavía. Fue el 27 de enero de 1980. Le dije a esa vieja y canosa iglesia en el centro de la ciudad que yo tenía una pasión suprema y una meta sencilla. Lo aprendí de mi padre y del apóstol Pablo.

Existo para magnificar a Jesucristo. Es decir, estoy en este planeta por una razón primordial: hacer lo que sea necesario y todo lo que pueda para que Jesucristo sea conocido y atesorado; un conocimiento y un atesoramiento que esté conforme a Su infinita belleza y Su inmensurable valor. El texto que utilicé ese domingo fue la aseveración más clara de esa pasión y meta que aparece en la Biblia: Filipenses 1:20, “Conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también *será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte*”. El anhelo de Pablo en este versículo es que Cristo se vea tan maravilloso como realmente es, por medio de la forma como Pablo vive y muere. Esa también es mi pasión.

Ese es el cuarto impulso que dio a luz este libro. ¿Cómo se magnifica a Cristo en un mundo como el nuestro? ¿O en un mundo como el de 2 de Crónicas? ¿Cómo es magnificado Cristo en la caída de Satanás de su posición de perfección? ¿En el pecado de Adán y en la caída de toda la raza humana en pecado y miseria? ¿En la torre de Babel y la fracturación de la raza humana en miles de lenguas? ¿En la venta de José como esclavo en Egipto? ¿En la traición de Israel contra Dios al exigir un rey humano para parecerse a las naciones? ¿En la traición al Hijo de Dios por medio del beso de Su amigo?

ENTRISTECIDOS, MAS SIEMPRE GOZOSOS

Entre Asheville y este libro, prediqué una serie de mensajes bajo el título “Pecados espectaculares y su propósito global en la gloria de Cristo”. Eso marcó el inicio de mi vigésimo octavo año de predicación en la Iglesia Bautista Bethlehem. Hubo muertes ese otoño, tal como

en la primavera. Mi padre y mi nieta. El puente I-35 que cruza el río Mississippi colapsó. La oscuridad atrapó a la juventud; y un sufrimiento constante inició su marcha a paso inexorable. Escribo con base en la forma en que experimento la Palabra de Dios, y el dolor de alguien, que vivo casi a diario. En ocasiones es el mío y por lo general el de alguien más que, en parte, se hace mío.

Somos cristianos hedonistas en Bethlehem. Eso significa que creemos y perseguimos la verdad que dice que Dios recibe la mayor gloria en nosotros cuando tenemos nuestra mayor satisfacción en Él; pero también sabemos que en esta vida, el gozo en Dios jamás deja de estar mezclado con la tristeza. El amor no permite eso. Nuestro estandarte tiene el sello de 2 Corintios 6:10: “como entristecidos, mas siempre gozosos”. Avanzamos en nuestra senda a través de una vida salpicada de sangre que nos hace sentir conectados al mundo y desconectados al mismo tiempo. Estamos aquí pero no lo estamos. El amor nos une a la trágica tierra, y el amor nos une al Tesoro del cielo. Los cristianos somos extraños. Nuestras emociones son inexplicables en términos comunes y corrientes. “[Que] los que lloran [lloren], como si no llorasen; y los que se alegran [alégrense], como si no se alegrasen”. (1 Corintios 7:30). Esa es nuestra experiencia y ese es el contexto diario de este libro.